III EXALTACION DE LA SAETA
Iglesia de Santiago. Jerez 1996.

Por Juan de la Plata

Permitidme que, antes de comenzar la exaltación, os cuente una pequeña historia, a guisa de prólogo o preámbulo.

Hace ya muchos años, más de cincuenta, había en esta misma iglesia un hombre bueno, un santo sacerdote que repartía su amor y su pan entre los más pobres. Ese buen párroco, ese hombre de Dios, se llamaba don Francisco Carlos Corona Humanes y, cada domingo, después de misa mayor de doce, congregaba ahí abajo, en esas mismas bancas, a los niños del barrio y les enseñaba el Catecismo. Esos niños eran gitanillos en su mayoría y, entre ellos, como uno más, estaba quien esta noche tiene el honor de subir a este altar que él mismo pisó tantísimas veces, para decir la Santa Misa.

El Padre Corona, como le llamábamos, me enseñó el Catecismo y me preparó para mi Primera Comunión, como a otros muchos niños de mi generación, nacidos y criados en este querido barrio al que, desde entonces, vivo entrañablemente vinculado. Don Francisco era un bendito al que todos, gitanos y no gitanos, respetábamos y queríamos como a un verdadero padre. En vida suya, recuerdo que hasta se le cantaban saetas a nuestro Señor Prendido y a su Santísima Madre, en el interior de este hermoso templo, una vez recogida la procesión del Miércoles Santo. El padre Corona, conocía y comprendía a los gitanos, respetaba sus costumbres y gustaba de sus cantes. Tal vez por eso, cuando Dios lo llamó de este mundo, los gitanos de Santiago, con lágrimas en sus ojos, le quisieron llevar a hombros hasta la tierra que cubrió su último sueño, y hasta las mismas puertas del Cielo lo hubieran llevado, si Dios así lo hubiera querido.

Que él sea esta noche mi intercesor, ante Jesús del Prendimiento, para que mis torpes palabras acierten a decir lo que no sé cantar; lo que me hubiera gustado saber cantar; el único cante que, alguna vez, al menos, hubiera querido poder expresar, como un flamenco más de mi barrio, la saeta. Esa saeta que mi corazón apasionado, desea exaltar, como lo hace con su voz emocionada cualquiera de nuestros grandes saeteros.

¡Ay Señor del Prendimiento!
¿Quién te pudiera cantar
la saeta del sentimiento
que tú pidiéndome estás
y que yo tan honda siento?

Lo que yo cavilo y pienso
cuando tu hermosa mirada,
cargada de sufrimiento,
va derramando favores;
¡ay, Cristo del Prendimiento!

¡Soltarle, por Dios, soltarle!,
grita el pueblo espavorido,
que no hay gitano más bueno,
ni gachó más bendecido.

Cristo, gachó y gitano,
marginado y perseguido;
judío y moro; nazareno;
y africano renegrido;
tú que pasas maniatado,
entre olivos conducido,
mi dulce Señor y Amigo;

¡quién te pudiera cantar
la saeta del olvido,
para que nunca jamás
nos tengas por enemigos!

Desata tus bellas manos
Señor de mi pensamiento;
quítales sus ataduras
y bendícenos con ellas,
¡Prendimiento, Prendimiento!

La saeta es eso: una oración que se canta. Una súplica, un llanto, un arrepentimiento. Una congoja, una lágrima y un suspiro lastimero. Música del más hondo sentimiento. Sale del alma como bálsamo y como incienso. ¡Quien no la sepa sentir, jamás sabrá cantarla!.

Alguien la definió, mejor que nadie: "La saeta es el cante gitano que llora por el mejor de los nacíos". Y así quedó, para los restos.

Pero, ¿cómo exaltarla, cómo elevarla más, aún, si la saeta es paloma rauda y veloz que vuela alto, hacia el costado herido de Cristo crucificado; el de la Expiración silenciosa, el de la callada Buena Muerte?

Me piden que haga la "Exaltación de la Saeta". Pero, ¿cómo hacerla?. Porque entendemos por exaltación la acción y efecto de exaltar; la gloria o fama que resulta de una acción muy notable. Y exaltar es, por antonomasia, elevar a mayor dignidad; encarecer demasiado; darle más categoría a una cosa; poner o colocar algo lo más alto posible.

Pero la saeta ya está ahí, arriba, subida a la misma cruz, viendo cómo las golondrinas le quitan las espinas al Redentor del Mundo; besando la mismísima cara de la Madre de Dios. ¿Aún la quereis más alta? Imposible. Porque la saeta ya se exalta por sí sola. La saeta es ya de por sí, el cante flamenco de la mayor exaltación; porque tiene la

virtud y el inmenso honor de ser el único que canta, tan sólo, a lo divino. Por eso es, para mí, el cantar de los cantares andaluces; porque canta la Pasión de Cristo, según el pueblo andaluz.

Las coplas de los demás cantes, la soleá, la seguiriya, nuestra hermosa bulería, son coplas a lo humano; coplas que recogen y que proclaman los sentimientos del hombre, ante los eternos problemas de la soledad, el amor y la muerte. Coplas para la alegría y para la pena de vivir. En ellas están reflejadas nuestras luces y nuestras sombras; los momentos gratos y los momentos más duros y amargos.

Por el contrario, la saeta, sola y exclusivamente la saeta, es el cante que más y mejor nos sirve a los andaluces -en este caso a los jerezanos-, para ponernos en comunicación con lo divino; para cantar la Pasión y Muerte de Cristo. Para cantar y acompañar a Cristo, en todas las estaciones de su dramático vía-crucis. La saeta sigue a Jesús; pero también quiere consolar a su Santísima Madre; confortarla, piropearla. Y por Ella, se convierte en pañuelo de lágrimas, en luz de cera y en perfume de flor; para así cobijarse mejor, junto a Ella, en los suntuosos pasos de palio, sobre los que los jerezanos levantamos, cada Semana Santa, tronos de amor y alabanza para la más atribulada de las madres. Y así, le cantamos, una y otra vez:

Toas las mares tienen pena y amargura,
pero la tuya es la mayó,
porque delante llevas a tu Hijo,
amarrao de pies y manos,
como si fuera un traidó.
Pero la tuya es la mayó,
porque ahí delante llevas
ar Divino Redentó.

"La saeta, poesía y ritmo, verso y música, ya sea cantada ante las imágenes de Cristo, azotado, coronado, crucificado; o de la Virgen dolorosa y angustiada; que desfilan entre fulgores de luz y magnificiencia de cortejo, en las noches primaverales, cuajadas de azahar", se ha dicho por un autor anónimo jerezano que, "aunque expresada por una sola voz, representativa en ese preciso momento de

la multitud, es la expresión más popular que realiza una obra de arte perfecta, porque es algo inefable para el espíritu y los sentidos; color, luz, melodía, movimiento. Todo es síntesis y compendio del arte popular y religioso, que sabe hondamente glosar la Pasión sagrada".

El jerezano comprende y siente el dolor de la Pasión. Lo entiende, lo asume y lo exalta, por medio de la saeta. Y será el saetero, con su voz, rompiendo el silencio de la noche, haciéndose portavoz del sentir colectivo, y almuédano de perfil de luna, quien nos roce el alma de escalofríos y nos siembre el cuerpo de repelucos, reclamando sentencioso nuestra atención, sobre lo que apenas aciertan a entender nuestros escasos conocimientos de míseros mortales. Que todo un Dios se hace Hombre, para morir por el hombre. Y es el pueblo, este pueblo nuestro, viejo y sabio, el que trata de explicarse todo ese tremendo misterio, en coplas que son como cuchillos, y que por algo llaman saetas, porque hieren y traspasan de amor. Y así el saetero lanza al aire su saeta, seguro de que encontrará siempre la más profunda diana, en nuestros corazones y en el sentimiento religioso de la multitud que le escucha.

Como hacían diana en mi corazón, aquellas saetas que ya escuchaba desde niño, aquí en el Arco de Santiago, en ese foco de grandes saeteros, manantial que no cesa, de Casa Canalejas, sobre el que viví tantos años y aprendí tantas cosas flamencas, que después me han acompañado durante toda mi vida, como una filosofía y una forma de entender el mundo; este mundo desquiciado, ilógico y malvado, donde cada día mueren tantos cristos anónimos, a manos de locos verdugos, borrachos de poder y de sangre.

Como decía mi viejo y llorado amigo, el poeta Julián Pemartín, jerezano de este barrio y de este Cristo...

Pueblo que canta saetas
es pueblo en que todos son
por nacimiento poetas,
y saben de las secretas
músicas del corazón.

¿O es que acaso no es poesía pura aquella saeta que, cuando niño, me enseñara mi madre, en nuestra casa de la calle Ancha:

La corona del Señor
no es de rosas ni claveles,
que es de junquillo marino
que le traspasa las sienes
a ese Cordero Divino.

¿O aquella otra que el Saetero Mayor de Jerez, Juan Romero "El Guapo", le suele cantar a Ntra. Sra. del Desamparo, cada noche de Miércoles Santo:

Toito er mundo ha confesao
que eres tú la más bonita;
la del color bronceao;
gitana pura y bendita,
por tó los cuatro costao.

Hay una saeta que han cantado todos los buenos saeteros de Santiago, y que decía aquello tan bonito de...

Una bandera se divisa,
delante de Su Majestad,
y los judíos se decían:
vamos a prenderlo ya,
antes que amanezca er día.

Y por Cristina, a la recogida de Jesús Nazareno, ¿cuántas mañanas de Viernes Santo, no habremos escuchado eso otro de...

Con sudó y espanto
va caminando Jesú,
las fuerzas le van fartando,
ya no puede con la crú
y un hombre le va ayuando.

O aquella rara y vieja saeta que también pude escuchar otra mañana de Jesús, hace ya muchos años a la **recogía** del Nazareno:

Fijarse bien en Marquillo,
con la pluma en el sombrero
y los cordeles al brazo,
jalando der Nazareno.

Son tantos los recuerdos que se me agolpan en esta noche, desde que cuando muchacho andaba tras los pasos, viviendo inténsamente este mundo fascinante de nuestra Semana Santa, que cada saeta que escucho me trae un rostro distinto de saetero; de oscuro rincón; de balcón abierto al deslumbre místico de la saeta. Porque los balcones son los púlpitos callejeros de los cantaores; tal como los almuédanos cantaban sus salmodias, desde los minaretes de la Andalucía musulmana.

De joven, iba yo junto a mis amigos los saeteros, me pegaba a ellos y con ellos subía a los balcones donde cantaban. Y recuerdo haber subido, cada Lunes Santo, con "El Guapo", su hermano, el "Guapo Chico" y el poeta Pepillo, mi buen amigo, a un pequeño balcón de la plaza de la Compañía, donde le cantaban ellos a la Virgen del Amor y Sacrificio; y de allí irnos para cantarle al Cristo de la Viga, por la calle de las Cruces, antes de que empezaran a encenderse las bengalas de la Colegial. El Martes Santo, cuando los Judíos de San Mateo llegaban al Arco de Santiago, éste era un fantástico enjambre de saetas gitanas al paso de la procesión por "La Pandereta" y "Casa Canalejas". Y el Miércoles Santo, Santiago volvía a convertirse de nuevo en centro de atención de todos los saeteros, sobresaliendo la saeta espontánea de la gente del barrio, a la salida de los pasos del Prendimiento y el Desamparo, con la música de fondo de las cornetas de la escuadra a caballo del Regimiento de Lanceros de Villaviciosa, con sus uniformes azules y los penachos de blancas plumas al aire de la tarde, esperando ahí, en el rincón del "Arco", junto a la carnicería de Manolo, entre el almacén de Joaquín, y el refino de Conchita.

Y aquella noche, primero acompañaba a mis amigos los saeteros, a cantar a la entrada de la Amargura, en su templo de Los Descalzos. Allí, sobre una terraza, se reunía la plana mayor de los mejores de la época, con Manolo Sevilla, Eduardo Soto, Juan Acosta, Canalejas, El Carbonero y los Guapos, entre otros; y luego, de nuevo veníamos hasta Santiago, corriendo, para cantar a Jesús del Prendimiento, antes que sonara la vibrante Marcha de Infantes, a cuyo compás entraban los pasos en su templo. Aunque después siguieran dentro las saetas anónimas, incluso los bailes por bulerías de los más exaltados devotos.

Y también recuerdo, a principio de los años cincuenta, cuando el Prendimiento entraba por el otro lado del Angostillo de Santiago, a mi suegro el cantaor Tomás Torre, en un pequeño balcón de la casa del Almacén de la Fuente, cantándole la última saeta de su vida a la imagen del Señor; aquella que había aprendido de su tío, el célebre Manuel Torre:

De sus barbas santas le jalaban
y en el rostro le escupían,
y los pícaros marvaos,
esos pícaros tiranos,
con las lanzas lo herían.

A todos nos ha dolido, alguna vez "esa herida llena de luz" que produce la saeta. Tal vez por eso, los saeteros antiguos, a semejanza de las vírgenes dolorosas, solían llevar un pañuelo en la mano. Como El Guapo, cantándole al Mayor Dolor, en la vieja plaza de Escribanos, frente a San Dionisio. Estampa que se perpetúa año tras año, desde 1959, como un antiguo rito sacerdotal. Y al hablar de saeteros antiguos, ¿por qué no traer aquí, y ahora, el recuerdo de aquella célebre saetera jerezana que fué "La Serrana", hija de Paco la Luz, la primera mujer que grabó en discos la saeta flamenca de Jerez, juntamente con Manuel Torre; siendo los dos, al unísono, desde entonces, los padres de la saeta por seguiriya, que pronto habrían de cantar otros muchos saeteros.

Y aquí habría que añadir ahora los nombres famosos de un Niño Gloria, de un José Cepero, de Isabelita de Jerez, de Luisa Requejo y de La Pompi, junto a saeteros de los años veinte a los cincuenta, como Aliaño, las hermanas Pepita y Conchita Rodríguez Ceballos; Paco Contreras, Benítez Balboa y Félix Mariscal, cuadrillero éste que fué del paso del Señor de la Coronación de Espinas. Sin olvidarnos de otros grandes saeteros como Carapiera, Juan Jambre, La Pompi Chica, Ana María La Jerezana, La Mancheño, La Pinteño, El Locajo, y El Niño de las Tablas, La Paquera, Terremoto, ni de mi cuñada, Dolores Torre, cantándole a la Esperanza de la Yedra, desde el balcón de Luisa La Caracola, allá en la Calle Pañuelos. Ni de Juana Domínguez y sus hijos cada Viernes Santo, ni de la Saetera Mayor María José Santiago, cantándole al Cristo desde el balcón de Radio Popular, en la Cruz Vieja... ¡qué gloria de saetas y saeteros de Jerez! ¡Qué noches de emoción contenida!.

Los puntos álgidos de la saeta, en Jerez, fueron siempre los del paso de las procesiones por la carrera oficial y el regreso a sus templos. Pero a la salida del Cristo, en San Telmo, se cantaba aquello que empezaba diciendo: "Las cinco son y el Cristo está en la calle...", cuyo final ahora no recuerdo. Aunque sí, dos letras de antiquísimas saetas, recogida por el padre de los hermanos Machado, hace más de un siglo que decían:

Cristo de la Expiración,
que vas por la Lancería,
el que se lleva la palma
de todas las cofradías

y

¿Quién será aquella Señora
que de San Telmo ha salío?
Será la Virgen del Valle,
Madre de los afligíos.

Al Cristo de la Expiración estaban dedicados, precisamente, estos versos, escritos por mi antepasado el poeta Sebastián Franco Padilla, en esta forma tan descriptiva:

y avanzas meciendo al aire
las ondas de tus melenas,
mientras la voz fresca y dulce
de una mujer se oye cerca,
dedicándote al pasar
sentimentales saetas.

En 1928, el investigador de la saeta, Agustín Aguilar y Tejera, cita como jerezana esta letra, que tantas veces hemos escuchado a nuestros saeteros, un año y otro:

Como no tenían naíta que hacerle
le escupen y agofetean
y le coronan de espinas,
y la sangre le chorrea
por su cara tan divina.

Sobre ella nos dice este escritor que "así se canta en Jerez de la Frontera. El alargamiento del primer verso obedece a la especial melodía de las saetas jerezanas".

Con esta última observación, Aguilar y Tejera parece querer indicar que la saeta de Jerez, precisamente por ser flamenca, era totalmente distinta a las demás que se cantaban aún, por el viejo estilo salmodial. Lo que nos confirma, más adelante, cuando recoge esta otra saeta jerezana de seis versos:

Señores, ¿no habeis escuchao
una ronca trompeta
que suena allá a lo lejos,
y a la voz de un pregonero
diciendo en altos gritos:
"Muera Jesús el Nazareno"?

Y a renglón seguido, añade: "La medida especial de esta copla obedece a exigencias de la melodía. Es de las **gitanas** de Jerez de la

Frontera". Queda así, suficientemente documentada, por vez primera y por autor foráneo, que la saeta flamenca de Jerez, es la más antigua y, además, creación de los gitanos jerezanos; quienes fueron los que le dieron características y música de cante flamenco, de cante jondo, con aires de toná, primero, y luego de seguiriyas.

Pero dejemos la historia, para otro día, y vayamos al final de nuestra exaltación y a escuchar, de nuevo, a los saeteros que esta noche ilustran este acto, en el que me he sentido tan magníficamente arropado por ellos.

Este año habrá desaparecido un foco más de la saeta, la de la madrugada de Jesús, en "La Venencia" de la calle Larga. Pero estamos seguros de que seguiremos teniendo más vivo todavía, ese otro de "Canalejas", en la calle Ancha, cuando regrese de recogida, a este templo de Santiago, el Cristo de la Buena Muerte y su Santísima Madre del Dulce Nombre. Ahí estarán éstos y otros muchos saeteros, ~~más,~~ para cantarles éstas o parecidas saetas de la vieja escuela jerezana:

Presente...
Ahí lo teneis presente,
al mejor de los nacíos;
tiene las rodillas bañá en sangre,
su rostro descolorío
y los ojos esparpitaos
de los tormentos tan grandes
que esos malinos le han dao.

o

Como de rosas
tengo de hacerte una corona;
de lirios, nardos,
pensamientos y violetas;
tengo de hacerte una corona,
pa ponértela a tí, María,
hermosísima paloma.